

cuando Emily Dickinson (Amherst, Massachusetts [Estados Unidos], 1830-1886) dice con llaneza encantadora: “Hay, entre mi país y el de los otros, / un mar. / Pero —como ministros— las flores / negocian entre nosotros”. Pero la poetisa estadounidense nos ofrece en toda su poesía, justamente, la lección del sentido a instancias de una brevedad que da grandes brazadas en la íntima convicción de sus sentimientos. Sin el prurito de una alta voz literaria.



La poetisa de aquí dice en otro poema: “Así es / mi / choza, maloca, bohío, / está sin postigos / pero a salvo de azares. / Con los ojos abiertos / atisba primero / antes de cerrar / las fallevas (sic)” (pág. 53). Es realmente difícil encontrar aquí una idea en la cual el lector afine su atención y dé sentido al poema. ¿Qué significa en el poema citado “pero a salvo de azares”? ¿Y tiene sentido, en ese contexto, atribuirle a una choza, maloca o bohío tener los ojos abiertos? ¿O no es la habitación la que los tiene? La anfibología, casi siempre, es un atributo de la poesía, pero no la confusión.

En *Belleza* dice: “Si se me asoma / un pelo blanco, / de los tantos pelos que llevo / conmigo, / entre ellos mi pubis angelical / y me preguntan / yo negaré tres veces. / A escondidas / todo lo pintaré / de negro” (pág. 49). Además de una idea o de una imagen o de una metáfora que no termina de aclararse, aquí lo que vuelve a fallar con flagrantia es la gramática: mala puntuación y turbia sintaxis.

En la contracarátula del libro Mario Rivero hace un comentario de

este poemario que —no obstante tratarse de un poeta de probada experiencia, de algunos muy buenos libros, y, seguramente, de muchas lecturas—, se percibe acomodado y hecho sin verdadera convicción. Fruto de ello, creo, está plagado de lugares comunes, además de una también dudosa sintaxis: “Stella Ramírez anhela traducirse a sí misma por medio del proceso de la escritura. Una mujer que se escucha en el espontáneo ejercicio de un yo que detiene la mirada sobre sí, desde una expectativa vivida o desde su propia interioridad. [...] Y también sabemos que hay seres, que aún desde una atmósfera de vida satisfactoriamente lograda, necesitan plantearse otros retos más audaces [...]. De ahí que Stella quiera que su alma exista sobre el papel. Que haya en ella, como una necesidad de ver y oír las palabras. [...] Stella no nos aflige pues con pseudo-erudición, ni con frondosidad. En su libro en verdad, la letra, o sea la forma no es irreprochable. No emerge entonces la flor equilibrada y estricta. Pero existe desde luego una sensibilidad, y la poesía como una pequeña semilla viva”.

Rivero admite al final de su comentario que la forma, “la letra”, no es irreprochable (es decir, es reprochable), pero que importa ante todo la sensibilidad, la “pequeña semilla viva”. Yo creo que no. Que la falta de claridad es la misma falta de lenguaje. Y si no hay lenguaje, ¡adiós a la poesía! Porque la poesía es el triunfo de un lenguaje, que es, al tiempo, una manera de sentir el mundo. Si aquel es nebuloso o, peor, turbio, no hay belleza. Ésta no tiene que ser el reflejo de una armonía exterior: es, aunque el poema designe zonas oscuras de la vida, una verdad transparente, y, por tanto, estética.

El autor de *Poemas urbanos* es bastante complaciente con esta poesía y nos da razones subjetivas que nada tienen que ver con el rasero que mide la calidad de una escritura. ¿Qué importancia tiene para el lector saber que la autora elige la poesía como un acto liberador a pesar de tener su vida lograda? Los libros tienen que andar solos, sin ese tipo de

ayudas que quieren convencer al lector de cosas que no están en las páginas. En este libro esas páginas reflejan pobreza y muy poco arte.

Algún poema, hay que admitirlo, quiere asomarse a algo mejor: “Ya tengo casa, / Sacaré el vestido especial del clóset / compraré vino, pan; / haré sopa verde / de las hierbas del huerto. / Ya no te veré más / en la intemperie / ni seré inquilina / de nadie. / Ya tengo casa / algún día / se convertirá en nubes” (pág. 91).

Escribir una reseña negativa es una ingrata tarea que deja exhausto al comentador de libros, pero uno espera que un texto así no transpire maledicencia ni la gratuita intención de comentar mal lo que, simplemente, no es del gusto de quien escribe la reseña. Uno espera, por tanto, que los elementos de objetividad (en una actividad que tiene, de suyo, un alto grado de subjetividad) puestos sobre la mesa contribuyan y no destruyan.

LUIS GERMÁN SIERRA J.



Libros aparentes

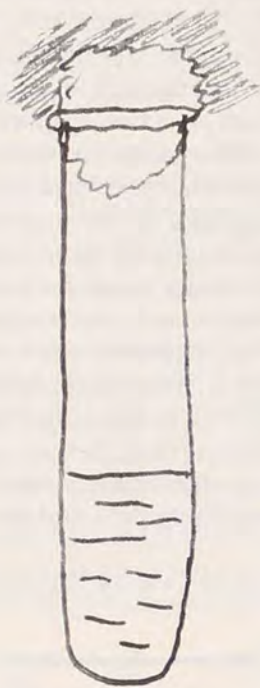
De una a otra montaña

Horacio Benavides

Universidad Nacional de Colombia,
Colección de poesía, Obra reunida,
Bogotá, 2008, 362 págs.

De una a otra montaña parecería ser un grito, o una canción, o un viaje. Nada de eso. La edición anuncia lo que no tiene. Al preguntarle al editor de una notable revista de poesía por qué desperdicia sus páginas en textos insulsos, intrascendentes e inútiles, respondió que lo que ocurre es que ya no hay poetas, que la poesía se acabó desde hace mucho tiempo. Que la revista existe porque a pesar de todo mantiene su firme creencia en la resurrección de la poesía. Siendo él mismo gran poeta, se entiende su optimista terquedad. Lo cierto es que la poesía ha sido siempre muy escasa, que un sólo poeta

llena una época. Y que, como en todas las artes, la belleza florece sobre la base endeble de un tallo que se inclina. Proliferan quienes se proclaman poetas en su candorosa ingenuidad. Pero tal vez ellos son el tallo de donde saldrá la flor.



El fin de la poesía, como el fin del mundo, son anuncios permanentes con los que tratan de asustarnos, y algún día ambos desaparecerán. Desaparecen los imperios y la poesía eleva su canto sobre las ruinas. Desaparecen las lenguas, y queda la poesía trasvasada a nuevos idiomas. Se dijo que la Internet acabaría con la poesía, y resultó convertida en su principal vehículo de difusión. Señores: no pierdan su tiempo luchando contra la poesía. La poesía es invencible. Los malos poetas no desprestigian a la poesía. También hay malos músicos y malos pintores. Y pésimos economistas.

Se debe celebrar la aparición de un mal libro de poemas, como se celebran las horribles canciones de hoy en día, que ya no las escriben los poetas, ni tienen nada que ver con la música, pero que confirman el impulso natural y colectivo de cantar. Celebremos, pues, la aparición de este libro que ofrece generosa-

mente la universidad con las mejores intenciones y con el deseo de acertar, premisas suficientes para quedar agradecidos.

El volumen se presenta con esa carátula negra que se puso de moda entre los poetas a partir de Visor, y que si algo expresa no será más que luto por la poesía. Recoge seis libros dados a la imprenta durante veinticinco años, hasta el 2005, y no es cosido con hilo, como convendría al número de páginas, sino pegado, tan bien pegado que apenas entreabre para que medio lo lean. Un desperdicio de papel en 362 páginas, por quinientos ejemplares, lo que da 181.000 páginas, si mi pequeña calculadora china no se ha equivocado. Poesía intelectual mal entendida, en estilo telegráfico, sin puntuación. Como si el *Nocturno* de Silva pudiera reducirse así:

Noche
Luna
Abrazados
La sombra

Eso es exactamente. "Pequeño mundo, casi infantil", dice el prólogo. Un escritor brasileño redujo a Proust a un tomito de bolsillo, explicando que basta para la actualidad, tal vez sin darse buena cuenta de que, con eso, la actualidad literaria no puede quedar más empobrecida.

Los seis libros son todos iguales. Sus conceptos permanecen inalterables a través de los años, por lo cual la obra puede estar satisfecha de su unidad temática y estilística.

Aunque se trata de minipoesía ("Brillante forma de joyas diminutas", dice el prólogo), la letra también es mínima en una fuente inexpressiva, con el evidente designio de que el texto afecte lo menos posible a la página en blanco. Por eso dice también el prólogo: "Podría ser que en la sencillez radique su secreto".

Perdido en las palabras, el autor desatina en el insólito modo de ocultar lo que se quiere decir, a fin de proponer trucos retóricos y enigmas carentes de interés. Vano ejercicio literario que abona excesiva confianza en la buena voluntad del impaciente lector. Es la deformación profesional

consistente en reducir todo a la mínima expresión: el balbuceo. Cuando no enmudece, el libro gaguea. La literatura ociosa tiende al abuso.

Conviene que la reseña aporte muestras. En la página 141 se alude, según parece, a la idea de resurrección (o cualquier otra forma de resurgimiento), con el novedoso ejemplo de la oruga:

SUEÑO
Ser una fea oruga
cerrar los ojos
dormirse en el capullo
despertarse
mariposa

En la página 269, en el poema titulado *El poeta se queja de su suerte*, encontramos esta clarividente estrofa:

Sé que han disertado
en minuciosos ensayos
sobre lo que puse en el papel
mas yo me desconozco

La mayor parte de la poesía que se publica en Colombia son palabras vanas. Nada dice. De nada sirve. Las señoras la aprovechan para enviar la misma esquila de amor fraudulento, que ellos reciben con bostezos, y lo demás es entretenimiento compulsivo de desocupados, que sirve como material para el psicoanalista, o los ejercicios de aprendiz que sin vergüenza se publican con ruidosa propaganda para llenar hojas de vida. El amor, según dicen, es el principal motivo de la poesía. Encerraron al tierno Epifanio porque dijeron que tal vez quería matar a su esposa. Si fuera por esa presunción, no quedaría hombre libre en las calles.

Un par de breves textos, sin embargo, pueden compensar la lectura de un libro. Aquí están:

NUEVE
Solo va el hombre
solo en su mula

la luna pone en camino
a los dos jinetes

una mula es de silencio
la otra de casco sonoro

*un jinete va por el puente
el otro por el río*

*los dos se encontrarán
cuando entren en lo oscuro*

DESEO DE VIEJO
*Levantando la cabeza
y estirando el belfo
aspira profundo*

*Ha percibido ese olor
que le renueva la sangre*

*Envalentonado
rengueando un poco
se acerca a la yegua
que le recibe
con una patada amorosa*

*El caballo viejo
pronto se olvida
y vuelve en paz
a su hierba*

JAIME JARAMILLO
ESCOBAR



Los puntos suspensivos en la poesía femenina...

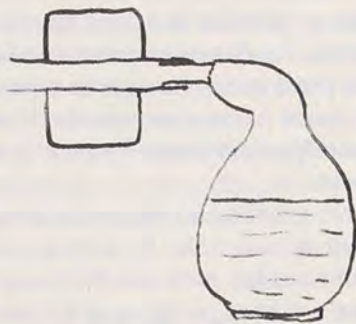
Ellas escriben en Medellín

Varias autoras

Hombre Nuevo Editores,
Colección Madremonte,
Medellín, 2007, 149 págs.

El libro es un colectivo de poesía, precedido por otro de narrativa con el mismo título y procedimiento electivo. Contiene una selección de poemas de dieciocho autoras, compilada por Lucía Donadío y Claudia Ivonne Giraldo en orden de casualidad. Las antologistas también se incluyen muy naturalmente, como es usual. La antesala empieza con la “rigurosa” prohibición de reproducir cualquier verso, por cualquier medio, incluidos el préstamo, el alquiler, la lectura en público y la memorización,

si es que a alguien se le ocurriera tal cosa. Algo raro, publicar un libro para impedir su divulgación. Por más que la prohíban, la poesía escapa por cualquier bolsillo, en el supuesto de que tenga impacto.

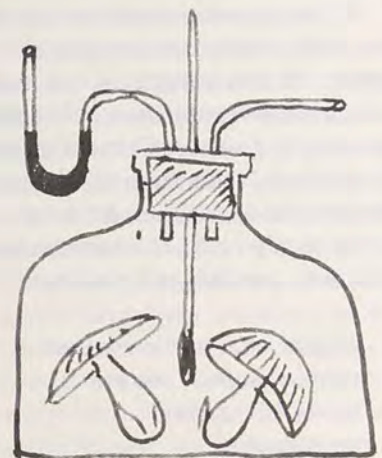


Siguiendo la costumbre —que para eso es—, al final se adicionan los datos biobibliográficos con todo detalle, incluida la quincallería que adorna los nombres y contribuye a su prestigio: títulos académicos, reconocimientos por doquier, los numerosos premios y distinciones recibidos, cargos desempeñados, becas obtenidas, viajes realizados, obras inéditas, traducciones a todos los idiomas, talleres y otras actividades. Ellas son, por orden del índice: Olga Elena Mattei, Teresa Yáñez de Cuberos, Marga López, Mara Agudelo, Teresita Ramírez, Berenice Pineda, Emma Lucía Ardila, Gloria María Bustamante, Lucía Estrada, Esther Fleischer, Catalina González, Claudia Ivonne Giraldo, Inés Posada, Cristina Toro, Gloria Posada, Eliana Maldonado, Lucía Donadío, Martha Quiñónez.

No se debería distinguir entre poesía, y poesía o literatura femenina, pero son precisamente ellas quienes mantienen la segregación, conscientes de que su arte se dirige a las mujeres por afinidad de género. En realidad, así es, con las escasas excepciones. El poema de la enamorada es una esquila con nombre propio para un fin cantado. Por lo general, sus temas resultan poco interesantes para el varón. Las señoras no salen de sí, siempre enclaustradas en su mundo de recuerdos y añoranzas. No consiguen ver en macro. Y eso, claro está, re-

duce su valor al encasillarse en una clasificación extraña a la época y que tarda en desaparecer por prejuicios comunes.

Se presentan como poemas redacciones más o menos simples, que no causan la menor reacción, porque sin inspiración no hay poesía. El sentimiento solo no transmite más que emociones ajenas, aparentes o supuestas, que carecen de trascendencia al no ser compartidas. Como si hablasen detrás de una máscara sin direccionalidad de voz. La publicidad que se hace a los poetas —no a la poesía— ocasiona que el público pierda el sentido de la poesía, recibiendo de modo acrítico lo que le proporciona el espectáculo. Hablando de añoranzas, puesto que los poetas se olvidaron del pueblo, el pueblo también se olvidó de los poetas. Los tablados callejeros atraen una curiosidad de autómatas que aplauden por inducción mecánica, sin el auténtico entusiasmo de la verdadera poesía, que no requiere exégesis académicas. Lo que se aplaude es la vanidad del insólito bardo, y ese aplauso es más bien una burla elegante y socarrona. Que pululen actualmente poetas por centenares indica que son malos poetas, pues la poesía no se da al por mayor.



Quien ignora lo que es la poesía tiene la opción de la prosa. Mejor ser buen prosista que mal poeta. La poesía se ha vuelto redacción forzada de horas vacuas. No se adquiere el título de poeta por publicar muchos